

de sus caballos. Los peregrinos encontraron al fin un pantano de agua corrompida, á la cual se arrojaron, siendo para ellos, como dice un antiguo escritor testigo ocular, tan dulce como el néctar.

Durante la penosa marcha del ejército, se presentó á Federico un embajador musulman, ofreciéndole por precio de 300 escudos de oro la libertad de atravesar el territorio enemigo, á cuya proposicion contestó el emperador con energía: «Nosotros no acostumbramos comprar nuestro camino con oro, sino abrírnoslo con el acero y el auxilio de nuestro Señor Jesucristo.» En efecto los alemanes supieron abrirse paso por todas partes no retrocediendo en su marcha, ni desplegando sus labios para quejarse á través de tantas fatigas y trabajos como experimentaban. «¿Quién no se habria conmovido hasta el extremo de derramar lágrimas, dice un antiguo cronista, al ver á los jefes más nobles del ejército, á quienes las enfermedades ó el cansancio impedían andar, llevados en camillas entre dos mulas, por entre rocas escarpadas y senderos peligrosos? ¿Quién hubiera visto, sin enternecerse, á caballeros, príncipes y obispos ilustres, trepar por montes inaccesibles para los gamos, y caminar por el borde de abismos, ayudándose con los piés y las manos como los cuadrúpedos? ¿Cuántos peregrinos perdieron sus armas, sus bagajes y sus caballos, ó corrieron el peligro de caer ellos también en los precipicios! El amor hácia Aquel que guiaba sus pasos, y la esperanza de la patria celestial á que aspiraban (así se expresa la crónica contemporánea), les hacia sobrellevar todos estos males sin quejarse.» Cuando un jefe tan valeroso iba al frente de aquel denodado ejército, y todos los peregrinos rivalizaban en buenas disposiciones y en una fortaleza verdaderamente admirable, ¿quién habia de pensar que aquella expedicion habia de tener un fin funesto? ¿Quién habia de sospechar que una catástrofe terrible habia de ser el resultado de tantos esfuerzos? Desgraciadamente fué así, y de nuevo hay que adorar los designios de la Providencia. El emperador Federico, al querer atravesar un rio, fué sacado de él sin vida, sin que nadie pudiese evitar esta desgracia, que sembró el terror y espanto por todo el ejército, y esto de tal manera que algunos peregrinos no pudieron sobrevivir á la pena que experimentaron. Los cruzados llevaron consigo el cadáver de su ilustre jefe, al que, segun los historiadores, enterraron en Antioquia ó Tiro.

El ejército entonces se dividió en dos cuerpos diferentes, de los cuales uno pasó á Antioquia en donde sufrió enfermedades contagiosas que hicieron multitud de víctimas en los peregrinos, y el otro pasó al territorio de Alepo, donde casi todos cayeron en poder de los musulmanes que los tuvieron por esclavos, de suerte que de 50,000 guerreros teutones que salieron de Europa, escasamente llegaron 8,000 á Palestina.

¡Tal fué el triste fin de aquella desgraciada cruzada!

Entre tanto Felipe Augusto llegó frente de San Juan de Acre (Tolemaida). Su presencia reanimó el valor de los cristianos, que tenían puesto sitio á dicha ciudad, la que por fin cayó en poder de los cruzados.

Después de haber salido de Mesina, Ricardo Corazon de Leon experimentó una horrorosa tempestad antes de llegar á Chipre y Tolemaida. Con el considerable socorro de las fuerzas de Alemania, Francia, Inglaterra é Italia, el ejército cristiano de Oriente no solo pudo continuar el sitio y alcanzar la rendicion de Tolemaida, si que también contener á su más terrible enemigo, Saladino, quien, al ver los numerosos refuerzos que de Occidente llegaban continuamente al campo cristiano, se sorprendió de tal manera, que se hizo más tratable y moderado en su conducta.

No es, como se ha dicho, por aprension á todos estos movimientos de fuerzas europeas, el que Saladino diera libertad á Guido de Lusignan, sino en virtud del tratado hecho en Ascalon seis meses antes. Este infortunado príncipe, habiendo reunido en Trípoli los restos de los cruzados que le fué posible, se puso á la cabeza de ellos, acompañado del Gran Maestre del Temple Riderfort, y se presentó delante de Tiro con la seguridad de ser recibido y secundado por Conrado marqués de Monferrato, con el designio de recuperar algunas de sus plazas; pero lejos de recibirle y proporcionarle un refugio, Conrado le cerró las puertas. Esta injuria é insulto causaron una sedicion en la ciudad. Los pisanos, que ocupaban una gran parte de ella, gritaban que era una injusticia; los Templarios, y sobre todo su Gran Maestre, que era del Consejo del rey, y que le habia acompañado durante su próspera como adversa fortuna, tomaron parte en este asunto, tachando la conducta de Conrado de usurpacion é inhumanidad; y era con fundada razon, por cuanto Conrado no habia sido reconocido por soberano de Tiro, sino á condicion de entregar la ciudad al rey ó al heredero de su corona, como así lo asegura un inglés contemporáneo y testigo ocular (1).

Conrado, ofendido de ver que los Templarios vituperaban su conducta, se quejó amargamente de ellos en una carta que dirigió el arzobispo de Cantorbery, y en que le decia:

«Vos sabeis lo que me ha costado el defender á los cristianos en Tiro, y por qué quiero conservarla. Yo soy odioso á Guido de Lusignan, antes rey de Jerusalem, á sus barones y al Gran Maestre de los Templarios, y no contentos de desacreditarme y atacar mi honor, interceptan los socorros que me son necesarios, y lo que es peor, Riderfort se ha apoderado del dinero que el rey de Inglaterra ha enviado, y rehusa entregármelo, lo que me obliga á dirigir á vos mis quejas con las lágrimas en los ojos, á dife-

(1) Hist. Jerosolim, incerti auct., pag. 1163, in Gestis Dei per Francos.

rencia de los Hospitalarios, que no puedo menos de congratularme por ello, tomando á Dios por testigo y á vos de mi sincero reconocimiento á esos caballeros, que, despues de haber tomado las armas para la defensa de la plaza, no han cesado de prestar servicios utilísimos, y muy lejos de hacer como los Templarios, que distraen parte de las limosnas del rey de Inglaterra, os aseguramos que ellos han empleado más de 8,000 piezas de su dinero para la defensa de la ciudad de Tiro, para impedir que cayese en poder de los infieles, que á pesar de su pujanza formidable se han visto obligados á levantar vergonzosamente el sitio (1).»

El contenido de esta carta puede considerarse como un tejido de lamentos injuriosos y de quejas del todo frívolas, pues sabido es que todo depósito es cosa sagrada, del cual no se puede disponer con lijereza, y Enrique de Inglaterra, si remitía limosnas á los cristianos, eran destinadas para defenderlos del enemigo comun. El marqués de Monferrato, pues, no tenía más derecho de emplearlas á este uso, que el mismo Lusignan y aquellos á quienes se enviaban directamente, como eran los Templarios y su Gran Maestre.

Guido de Lusignan, obligado á acampar bajo los muros de una ciudad que le pertenecía, privado de comunicar con sus vasallos, se propuso sitiaria, y lo hubiera hecho así, si el Gran Maestre del Temple no le hubiera representado lo imprudente de esta resolucion, bajo el punto de vista de sus pocas fuerzas, y lo innoble de sacrificar la causa comun por resentimientos é intereses particulares. Penetrado de estas observaciones, se determinó con su pequeño ejército, compuesto de 8,000 infantes y 700 caballos, comprendidos los caballos de las dos Órdenes, y el apoyo de su hermano Geofredo, emprender pequeñas operaciones, es decir, perseguir y hostigar á los destacamentos musulmanes. Entusiasmado por algunas ventajas, y por la ayuda de fuerzas occidentales que á menudo llegaban y se unian á las suyas, tuvo el propósito de presentarse delante de Acre (Tolemaida) y ponerle sitio, en cuyo puerto podia recibir el socorro de Occidente, que se esperaba de un momento á otro.

Esto era en 1189. Saladino se hallaba en esta ocasion atacando una plaza vecina de Paneades, y sumamente sorprendido de la empresa de Lusignan, dió gracias á su Dios y al profeta, considerando que su providencia le proporcionaba la coyuntura de exterminar completamente los restos desgraciados de la cristiandad en Oriente, reunidos todos en un mismo punto; pero se equivocó grandemente, pues los Templarios y Hospitalarios acudieron al campamento, llegando sucesivamente tres cuerpos particulares, que eran como la vanguardia de las grandes armadas que se esperaban de Europa.

(1) Radulpho de Diceto, lib. 2, pág. 142.

Saladino acudió con un cuerpo formidable para atacar, como él creía, á aquel puñado de cristianos, que antes habia despreciado, y los halló tan notablemente aumentados y atrincherados, que no le fué posible forzar sus líneas á pesar de los terribles ataques y asaltos que ordenó se les dierran, tanto de dia como de noche.

Durante estos ataques, la sorpresa de Saladino fué mayor al ver llegar al campo dos numerosas cruzadas, que desembarcaron en Tiro, compuesta la una de 12,000 hombres mandados por el landgrave de Turingia y el duque de Güeldres (estos eran alemanes), y la otra del Norte, compuesta de daneses, frisonos y flamencos, llegando pocos dias despues los venecianos, lombardos y pisanos. Los duques de Dreux mandaban parte de dichos cruzados. Conrado, prescindiendo de sus querellas y rivalidad con Guido de Lusignan, quiso participar de los peligros y gloria de esta empresa, y se presentó delante de Tolemaida. Con estos refuerzos el ejército cristiano se componia de más de 80,000 hombres, y ocupaba desde Thoron hasta la plaza sitiada. El enemigo, mucho más numeroso, se hallaba acampado en el mismo llano á la parte opuesta. Despues de algunas escaramuzas hubo por fin una batalla importante, que se renovó y continuó con furor durante dos dias, pero que no fué decisiva ni por una ni por otra parte.

Los cristianos, á pesar de Saladino, continuaron el sitio con toda valentía. La plaza tenia, además de una numerosa guarnicion, un general de grandes cualidades llamado Caracos, bajo cuyas órdenes el mismo Saladino habia militado en sus primeras campañas. Este inteligente general hacia frecuentes salidas que podian reputarse como otras tantas batallas. Saladino, para hacer levantar el sitio, intentó varias veces atacar el campo cristiano; pero fué siempre rechazado. Sin embargo á fines de agosto, convencidos los cristianos de que la plaza no se tomaria, mientras se tuviera al enemigo á su espalda, resolvieron librar batalla ó atacarle en sus líneas, y sin perder tiempo se formaron en el llano para marchar contra el campo de Saladino.

Guido de Lusignan, al frente del primer cuerpo, compuesto de sus tropas particulares, formando franceses y caballeros de S. Juan el ala derecha, el marqués de Monferrato el ala izquierda, el landgrave de Turingia el centro ó sea el cuerpo de batalla; Fr. Gerardo de Riderfort Gran Maestre del Temple, con sus caballeros y fuerzas á su sueldo, mandaba el cuerpo de reserva. Un gran número de catalanes, alemanes, frisonos é italianos quisieron combatir bajo las órdenes de los Templarios, y siguieron su estandarte el Bausan ó Balza.

Saladino, al ver el movimiento de los cristianos, salió de sus líneas al frente de más de 100,000 combatientes, esperando á pié firme, dejando que ellos empezasen el ataque. La caballeria cristiana, abandonándose á

su primer ardor, atacó el ala derecha del musulman con un éxito inesperado, y fué sostenido aquel avance y ataque tan oportunamente, que pudo hacer comprender á Saladino lo que podia esperar de los sirios acostumbrados á huir al primer empuje. Los cristianos habian cortado el centro enemigo, y puesto el ala derecha en derrota, cuando en vez de proseguir la victoria y aprovecharse de aquellas ventajas, la avaricia los cegó para correr al botín, arrastrándolos hasta el campamento enemigo que vieron abandonado. El conde de Bar llegó hasta la misma tienda del sultan; pero mientras se cargaban de despojos, Saladino pudo contener á los suyos, y en compacta masa volvió á la carga. Sin la resistencia del Gran Maestro del Temple con todas sus reservas, que sostuvo por más de una hora toda la impetuosidad de los musulmanes, estos hubieran hecho de los cristianos una verdadera carnicería, y tal vez hubiera quedado destrozado su florido ejército; pero el valor y la intrepidez de Riderfort y de sus caballeros dieron el tiempo suficiente al cuerpo que habia quedado guardando el campo para llegar á su socorro.

Esta firmeza de los Templarios les fué funesta, pues gran número de ellos quedaron en el campo de batalla, entre otros el Senescal de la Orden y el Gran Maestro, demasiado dichoso, dice un contemporáneo, de terminar tan bellas acciones por una muerte asimismo gloriosa (1). Lo que prueba que Riderfort se habia distinguido en otras ocasiones. El combate habiéndose reanimado, los cristianos avergonzados de su falta, se oponen como un muro de bronce á los progresos del sultan. Los avances de uno y otro ejército se hacian con la misma animosidad, y eran sangrientos por demás; los ataques no eran menos mortíferos, y las cargas sembraban de muertos el campo. Se combatió por espacio de algunas horas, pero con éxito indeciso; no obstante el musulman medio vencido fué bastante feliz para rechazar á los cristianos hasta sus trincheras, no logrando hacerles levantar el sitio, que era todo su conato. En lo mas rudo de la batalla, Lusignan habiendo observado que Conrado su rival, por haberse avanzado demasiado, iba á caer en manos de los infieles, corrió á su auxilio, abriéndose paso en medio del enemigo, y arrancándole de sus manos, como si hubiera sido uno de sus mejores amigos. Conrado no fué ni más reconocido ni menos ambicioso. No contento de pasar como señor de Tiro, aun quiso hacerse rey de Jerusalem.

(1) Militia Templi, qua nulla insignior jam cuneos hostiles, cædi devota, perruperat: quod si cæteri, pari voto, persequendis institissent hostibus, dies illa felicem tam urbis quam belli victoriam reportasset cumque longius fortunam secuti et nimium Templarii processissent, in eos subito irruunt oppidani. Ibi Magister M. Templi Gerardius de Bidesfordia... cæsus occumbit. Felix, cui tantam Dominus gloriam contulit, ut lauream quam tot bellis meruerat, martyrum collegio sociandus habuerit.—Hist. Jerosol. incerti auctoris. pag. 115.)

La peste que desolaba al campo cristiano, arrebató en pocos dias á cuatro príncipes y á dos princesas, todos hijos de Guido de Lusignan y Conrado príncipe de Tiro. Isabel, hermana de Sibila, con este motivo venia á ser la heredera presunta de la corona, y á pesar de que estaba casada con Honfroy de Thoron, Conrado ciego de ambicion, no viendo otro medio de llegar al trono sino casándose con Isabel, ideó el que se declarase nulo el matrimonio, y para lograr su descabellado proyecto procuró cautivar el corazon de la princesa, y con astuta política concilióse la amistad de los grandes, y por medio de galanteria, regalos y promesas logró la proteccion de muchos, y cuando tuvo las cosas al punto deseado, arrebató á la princesa del lado de su esposo Onfroy de Thoron, consintiendo ella en casarse con el marqués de Monferrato, declarando que no habia sido arrebatada por la fuerza, sino que habia seguido su inclinacion entregándose á Conrado, y además que habia sido casada á la edad de ocho años y por consiguiente antes de la pubertad, y que no habia consentido en semejante union. Como el principal punto era pronunciar contra la validez de dicho matrimonio, no faltó un obispo, el de Beauvais, que lo declaró nulo, y unió en matrimonio á dicha princesa Isabel con Conrado, marqués de Monferrato y señor de Tiro, á pesar de las protestas y reclamaciones del legitimo esposo, y sin tener el obispo ningun escrúpulo ni consideracion de que Conrado tenia su esposa en Constantinopla. Este acontecimiento, ó aventura escandalosa, excitó la indignacion de todas las personas de bien. Los Templarios, á quienes la ambicion del marqués siempre les habia disgustado, compadeciendo el destino de Lusignan y de Onfroy, detestaban en el fondo de su alma una accion cuyas consecuencias funestas preveian; pero como Conrado con sus manejos y astucias se habia hecho necesario, fué preciso disimular por el momento, y dejar las cosas en el estado en que se hallaban. Lusignan por su parte queria conservar el título de rey de Palestina, y otro tanto pretendia Onfroy, de manera que podian considerarse tres reyes de una monarquía titular, y una soberanía sin vasallos, en el ejército tres soberanos, y una reina con dos esposos vivos. Un estado tan violento no podia dar por resultado sino una escision en el ejército, y para evitar mayores males y consecuencias lamentables se obligó á los pretendientes á sujetarse al juicio de los reyes de Francia é Inglaterra, que eran esperados de un momento á otro.

Entre tanto los sitiadores tuvieron que hacer frente á la escasez de víveres, pues Saladino impedia su llegada, y á la peste que arrebatava más soldados que los combates con el enemigo. Este por otra parte no dejaba un momento de reposo al sitiador, ora haciendo salidas imprevistas y casi siempre ventajosas, ora desmontando las máquinas, ó destruyendo trincheras ó torres á las cuales pegaba fuego. Aquello era un incesante combate. Un dia que los Hospitalarios se hallaban de guardia, y en un

punto en que impedían la comunicación de la ciudad con el campamento de Saladino, se vieron de tal manera por sorpresa envueltos y atacados, que fué necesaria toda la intrepidez y bravura de los Templarios que se hallaban allí cerca, y corrieron á su auxilio, para librarles de aquel peligro (1).

Se pretende que en esta situación por demás embarazosa para los Templarios, el maestrazgo y el mando de las tropas de la Orden pasaron de las manos de Riderfort á las de un caballero conocido bajo el nombre de Gualtero, personaje conocido y célebre en la historia, hallándose su elogio en una carta del Gran Maestre Blanquefort al rey de Francia. Es verdad que Fr. Gualtero merecía este honor, captándose la estima y confianza de los orientales; es positivo que por el éxito de sus negociaciones con el rey Luis el Joven había adquirido un amor y afección universal entre sus cohermanos; sin embargo, no se halla ninguna prueba cierta de que fuera elegido Gran Maestre del Temple (2).

Los orientales esperaban con impaciencia la llegada del emperador de Alemania; la noticia de su marcha había contribuido no poco á levantar el espíritu abatido del ejército cristiano, que no tuvo la satisfacción de verle. Como hemos dicho Federico de Alemania, á pesar de sus 70 años, había precedido á los reyes de Francia é Inglaterra, por cuanto pasada la Pascua de 1189 se puso en marcha, dominó á los griegos que se oponían á su paso, derrotó al sultan de Iconio, penetró en Cilicia, aunque los mahometanos hicieron todos los esfuerzos imaginables para detener su camino victorioso, y sea por el cansancio y la fatiga, ó sea, como dicen algunos historiadores, por haberse bañado en el río Cidnus al otro lado del célebre monte Tauro, lo cierto es que murió en dicha provincia. Con su muerte la Orden del Temple perdió á un gran protector. No obstante de tan sensible pérdida, el duque de Suabia, llamado también Federico, continuó su marcha hasta los muros de Tolemaida, pero su ejército llegó horriblemente disminuido; basta decir que de 50,000 hombres de que se componía en su salida, apenas llegaron á Palestina 8,000; unos muertos por la fatiga, otros en el campo de batalla, y muchos por las enfermedades, pereciendo oficiales de gran reputación.

El ejército sitiador no se hallaba tampoco en mejores condiciones, es decir, era bastante débil y poco numeroso por razón de las pérdidas experimentadas en los combates sucesivos, á los cuales había tenido que hacer frente, en las continuas y sangrientas salidas de los sitiados, como así lo relata el historiador de dicho sitio (3).

(1) Hist. Jerosolim., pág. 1154.

(2) In Gestis Dei per Francos, ad calcem, pag. 1179 et 1184.

(3) Monachi Florentini Iconensis Episcopi: De recuperata Ptolemaida.

Entre otros sucesos consigna el siguiente episodio digno de las Órdenes militares. Dice así: «Los caballeros Hospitalarios habiendo observado en una salida que los musulmanes hacían muchos prisioneros, aquellos generosos guerreros, parecidos á una osa presa de furor cuando ve que le arrebatan sus cachorros, bajan de sus caballos y espada en mano se introducen entre los batallones enemigos; destrozan á unos, derriban á otros, y cortando las ataduras de los prisioneros y haciéndoles montar á caballo, persiguen y acosan al infiel hasta las puertas de la ciudad.»

Pero también hay que decir, que si los turcos experimentaban pérdidas, no menos las sufrían los cristianos. El cambio de clima, la escasez de víveres, los combates continuos y las enfermedades contagiosas, diezmaron de una manera horrorosa á los occidentales; y para colmo de desgracias el soldado alemán herido, por razón de su idioma apenas era comprendido, y por esta causa si tenía alguna otra enfermedad, ni se conocía su mal, ni se entendían sus necesidades; de ahí es que algunos gentiles hombres alemanes que habían seguido al emperador en calidad de voluntarios, unos por un sentimiento de piedad, otros por el deseo de gloria, se alistaron en la milicia del Temple y del Hospital, ocupándose en cuidar y curar en el campo de batalla á los heridos y enfermos de su nación, y de las velas de un buque formaron tiendas en donde los recogían, sirviéndoles con esmerada solicitud y caridad.

Este es el origen de la orden Teutónica, primera rama de la del Temple.

El Estado queriendo proteger á esos piadosos nobles y enriquecer con tal instituto á la nación alemana, les propuso instituyesen una nueva orden de caballería que fuese al mismo tiempo hospitalaria y militar; así es que cuarenta señores alemanes, distinguidos por su nobleza y hechos de armas, se unieron á aquellos y fueron los fundadores y sus primeros miembros. En su profesión pronunciaban los tres votos solemnes añadiendo el cuarto de servir á los pobres como los Hospitalarios, y seguir la disciplina claustral y militar como los Templarios, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra (1).

A instancias del emperador de Alemania, de los orientales y de los Grandes Maestres, el papa Celestino III aprobó el instituto Teutónico por bula de fecha 23 febrero 1192, que no se halla en el Bulario.

Como hija del Temple adoptó el hábito blanco, pretendiendo llevar

(1) «Statuimus ut ordo fratrum Hospitalis Hierosolymitani circa pauperes et infirmos, ordo vero fratrum Militiæ Templi circa clericos et milites et alios fratres juxta institutionem domus vestre perpetuis ibidem temporibus observetur.» Ita Honorius III.